

SOBRE EL LENGUAJE COMO REALIDAD SOCIAL

Miguel Beltrán

Universidad Autónoma de Madrid

1. INTRODUCCION

Creo que caben tres perspectivas muy diferentes en la consideración del lenguaje. Ante todo, la perspectiva lingüística propiamente dicha, que estudia el lenguaje en sí mismo, con abstracción —en lo posible— de variables y circunstancias externas a la propia lengua. En segundo lugar, la orientación sociolingüística, que siendo, como su denominación indica, parte de la lingüística, se centra en el estudio de la dimensión social del lenguaje, interesándose por aquellas variables y circunstancias que explican la variedad lingüística asociada a la estructura social. Por fin, la perspectiva sociológica: la sociología del lenguaje es sociología, no lingüística, y justifica su existencia gracias a la consideración del lenguaje como realidad social; como una «cosa social» más, pero extremadamente importante por su condición de simbolizador universal, por su peso en el conocimiento, y por ser el principal instrumento de comunicación.

Lo que a la sociología le interesa en el lenguaje es su palmaria condición de realidad social, no sus aspectos propiamente lingüísticos ni su relevancia para la psicología. No obstante este interés, me temo que la sociología no ha prestado suficiente atención al lenguaje, no sólo desde el punto de vista de su análisis específico (del que se ocupa la sociología del lenguaje), sino ni siquiera desde su consideración general como uno de los componentes básicos de la realidad social. Es claro que el mundo social está lingüísticamente mediado, y no falta quien dice que en buena medida *es* lenguaje: de aquí la necesidad de subrayar que el animal humano, en tanto que *zoon politikon*, es por ello mismo animal ladino, o locuaz; por lo que el lenguaje y su uso deben encontrar en la teoría sociológica la atención que sin duda requieren.

En todo caso, creo necesario insistir en que el recurso de la sociología a la lingüística me parece imprescindible para intentar, al menos,

plantear aceptablemente una serie de cuestiones básicas: ante todo, la de cuál es la relación que existe entre lengua y mundo; si tal pregunta se estima demasiado general, podríamos especificarla interrogándonos acerca de si pueden las distintas lenguas determinar distintas visiones del mundo; en general, por tanto, acerca de las relaciones mutuas entre lengua y *Weltanschauung*. Pero no todas las cuestiones han de ser de tan gran calibre. Sabemos, por ejemplo, que la lengua está incompleta en cada individuo, que ninguno la posee íntegramente: ¿qué valor social tienen esas diferencias, en forma de lenguas de clase, etc.? O bien, que todos hablamos de maneras diferentes según nuestro interlocutor: ¿cómo se determina esa utilización diferencial de la lengua? Por otra parte, y curados de la creencia en la transparencia del lenguaje, ¿qué significa en la vida social la ambigüedad, la polisemia de lo que decimos y de lo que oímos?

Preguntas todas ellas que recogen problemas que no pueden ignorarse, que *están ahí* teniendo que ver con «la construcción social de la realidad», y a los que la sociología no suele dar respuesta satisfactoria. Quizá porque no pueda darla, a la vista (entre otras cosas) de que el inconsciente tiene mucho que ver con nuestro uso del lenguaje, y éstas son aguas de mucho calado para la irremediable tosquedad de las teorías sociológicas que manejamos. Pero ello no nos excusa de intentar una más atenta reflexión sobre las relaciones entre lengua y sociedad.

2. LENGUAJE, CONOCIMIENTO, CONTROL SOCIAL

En unas incisivas páginas escritas en 1922 bajo el título de *The World Outside and the Pictures in our Heads* (y que constituyen el capítulo primero de su famoso *Public Opinion*), Walter Lippmann afirma que «la manera como imaginan el mundo determina en todo momento lo que harán los hombres», ya que, «en el nivel de la vida social, lo que llamamos adaptación del hombre a su medio se lleva a cabo mediante ficciones», esto es, mediante representaciones del medio que en gran medida han sido hechas por el hombre mismo. El medio en que hemos de movernos es, como dice Lippmann, demasiado vasto y complejo para nuestro conocimiento directo, al que escapa tanta sutileza, variedad y combinaciones. Pero como hemos de actuar inevitablemente en él, nos vemos obligados a reconstruirlo en un molde más sencillo antes de poder manejarlo (cfr. 1964: párrafos 3 y 6 del cap. I).

Dicho molde, o pseudomedio, como lo llama Lippmann, se inserta entre el hombre y su ambiente real, de suerte que el comportamiento humano responde a tal pseudomedio, del que huelga decir que es una construcción simbólica, un medio artificial, pero tan «verdadero» como el que he llamado ambiente real (para ser exactos: más «verdadero», o el único «verdadero»). Claro está que el medio ambiente real produce efectos sobre la vida de los hombres (¿cómo no?), del mismo modo que las acciones de éstos producen efectos sobre aquél: pero todo ello siempre a través del medio ficticio (según lo llama Lippmann), simbólico, artifi-

cial y «verdadero», que es creación humana. ¿Será necesario indicar que este universal mediador es creación social y no individual, que es, en sentido estricto, «construcción social de la realidad»?

Ciertamente, éstas son nociones hoy mostrencas, no obstante lo cual me atrevo a acarrearlas aquí para destacar que en buena medida ese medio «construido» lo está con palabras. Lo que implica que obtenemos nuestra visión del mundo a través del lenguaje: el sistema social viene así a estar presente en nuestros procesos cognitivos. Un planteamiento como éste supone cuestionar la autonomía del pensamiento, o al menos concebir el pensamiento como un acto lingüístico. Desde luego, la tesis de que el pensamiento es tributario de elementos y procesos sociales es muy antigua, tanto al menos como la sociología del conocimiento. Pero es C. Wright Mills, en un breve ensayo publicado en 1939, quien especifica que, aunque el pensamiento implica procesos sociales, es una realización *lingüística* individual: apelando a Mead y a su definición social de la conciencia, cree que la reflexión consiste en una *conversación* entre el pensador y el «otro generalizado» (o, si se prefiere, entre quien piensa y la organización interiorizada de las actitudes colectivas): importado dentro de la conciencia, dice Mills, este juego simbólico constituye la estructura de la mentalidad (1964: 336).

Debo destacar que en este momento no me interesa tanto la presencia de factores sociales en el pensamiento como la noción de que el pensar tiene una estructura conversacional y, por ello, constituye una acción lingüística. Dicho de otra manera: pensamos con palabras y con frases, del mismo modo que hablamos.

No parece que esto sea hoy en día objeto de discusión, lo que hace superfluas las obvias referencias del caso. Pues bien, volviendo a la presencia del «otro generalizado», las palabras, y el lenguaje en su conjunto, encarnan preferencias de valor de manera inevitable, con lo que el pensamiento estaría «cargado» con los valores que el medio social haya vinculado a las palabras y expresiones del lenguaje. Con esta observación, sin embargo, no hemos ido más allá de la tesis comúnmente admitida de que el pensamiento viene influido, condicionado o determinado por la posición del sujeto en la estructura social.

Mills va, sin embargo, más allá, al extender esa presencia de la sociedad a la propia lógica reguladora de la reflexión, pues ésta consiste para cada individuo en «un acuerdo entre los miembros de su universo de reflexión en cuanto a la validez de alguna concepción general del razonamiento correcto» (1964: 336); las leyes o reglas de la lógica —dice— no son intuitivas, ni dadas a la conciencia, ni innatas, sino convencionales y, claro es, históricas. De acuerdo con una concepción lingüística de la lógica que subraye el carácter social del lenguaje, «lo que llamamos ilogicidad es semejante a la inmoralidad en cuanto que ambas son desviaciones de las normas» (1964: 337).

En efecto, continúa Mills, «la función de las palabras es la mediación de la conducta social», y es esta misma conducta (las «acciones socialmente coordinadas») quien define y redefine los significados de los símbolos. El significado de las palabras depende, pues, de dicha función

mediadora y de las conductas efectivamente mediadas; dicho en otros términos, las interpretaciones dominantes en la conducta social atribuyen significados a las palabras. Y una interpretación es dominante cuando resulta de pautas de conducta organizadas en torno a símbolos, de suerte que determinan sus significados, con frecuencia a través de conflictos culturales (1964: 340).

Esta argumentación le permite a Mills concebir el lenguaje como un sistema de control social: «El significado está *dado* por anticipado; es una "creación" colectiva.» No sólo quien habla, sino quien piensa, «para darse a entender debe "dar" a los símbolos tales significados que susciten las mismas respuestas en su auditorio que en él mismo» (1964: 341). De esta suerte es como el lenguaje influye poderosamente sobre el pensamiento, y a través del lenguaje las pautas establecidas de conducta social; ello lleva al autor a sostener que existe «un control sobre el pensamiento mediante el lenguaje. Sólo utilizando los símbolos comunes a este grupo puede un pensador pensar y comunicarse» (1964: 340). Así pues, la afirmación de que el lenguaje constituye un sistema de control social, esto es, un conjunto de mecanismos destinados a acomodar las conductas individuales a las pautas establecidas por el grupo, se revela en todo su rigor: el lenguaje, cuyos significados nos vienen dados por la interpretación dominante, controla incluso nuestro pensamiento.

En resumen, pues, «los significados de las palabras son formados y sostenidos por las interacciones de las colectividades humanas, y el pensamiento es la manipulación de esos significados» (1964: 340). La siempre inquietante sociología del conocimiento nos lleva a concluir que, gracias al lenguaje, la misma percepción resulta afectada: en virtud de la estructura esencialmente social de la conciencia, «nuestra conducta y percepción, nuestra lógica y nuestro pensamiento, entran dentro del control de un sistema de lenguaje. Junto con el lenguaje, adquirimos una serie de normas y valores sociales» (1964: 340-341). Los factores sociales influyen no sólo en lo valorativo, sino en lo cognitivo: el lenguaje no tiene como función la expresión de los individuos, sino el control mutuo de la conducta por parte de los actores sociales.

En otro trabajo que lleva por título «Acciones situadas y vocabularios de motivos» sostiene Mills que «los motivos son palabras» (1964: 346), «mecanismos lingüísticos observables (...) con los cuales se produce la interpretación de la conducta por los *actores sociales*». La imputación y reconocimiento de motivos son fenómenos sociales que deben explicarse poniendo de manifiesto «la relación de los vocabularios de motivo con los sistemas de acción» (1964: 345). Dado el carácter intrínsecamente social de los motivos, «un motivo satisfactorio o adecuado es el que satisface a los que someten a interrogación un acto o programa»: el motivo es la respuesta satisfactoria a preguntas concernientes a la conducta social. Así, pues, los motivos *aceptables* implican una justificación plausible de determinada conducta, un mecanismo de control social. Los vocabularios de motivos aceptables en una determinada situación justifican ante los demás y ante uno mismo la acción de que se trate (cfr. 1964: 348-349).

Podría sostenerse que estos motivos no son sino meras racionalizaciones de la conducta, frente a unos «motivos reales» inconfesados. Motivos «reales» que, en un cierto sentido, serían biológicos: previos, más genuinos y «profundos», incluso inconscientes. Mills contesta negativa y enfáticamente a esta cuestión, cuyo planteamiento atribuye a una «visión metafísica» del problema: como quiera que no podemos inferir procesos fisiológicos de fenómenos verbales, y habida cuenta de su concepción de los motivos como *palabras*, los únicos motivos «más profundos» o «reales» son nuevas formas verbales. Esta posición de Mills implica una discrepancia explícita de la teoría psicoanalítica en este punto, pues no le parece que tenga sentido considerar como insinceros a quienes proclaman sus motivos, y a éstos engañosos: lo que sucede es que hacen uso de un vocabulario de motivos determinado, bajo el cual —en efecto— puede haber otro vocabulario menos aceptado, o incluso rechazado, en la situación de que se trate. Pero como es fácil ver, según la tesis de Mills no hay aquí nada «más profundo», sino simplemente otra formulación verbal.

Lo que sucede es que los vocabularios de motivos «son diferentes en situaciones diferentes: varían históricamente, y en función de las distintas culturas». Como dice el autor, «los vocabularios individualistas, sexuales, hedonistas y pecuniarios de motivos dominan ahora (...). Los vocabularios religiosos de explicación y de motivos están ahora en desuso» (1964: 351), con lo que la gente se muestra escéptica ante quienes los proclaman. En último extremo, lo que para un individuo en una determinada situación es razón de su conducta, es mera racionalización para otro en situación distinta. Lo que es diferente entre ambos es el vocabulario aceptado de motivos en una y otra situación. «Las estructuras motivadoras de los individuos y los moldes de sus propósitos son relativos a los marcos sociales» (1964: 352). Cuando uno cambia de situación o de posición pasa de un vocabulario de motivos a otro (aunque sean más o menos coincidentes), so pena de sufrir las consecuencias de un conflicto de motivos. Todo ello implica que los lenguajes propios de situaciones dadas (los vocabularios de motivos) deben ser considerados entre los datos que han de ser interpretados y relacionados con las condiciones en que se producen (1964: 355).

Prescindiendo del tono behaviorista con que Mills aborda el estudio de los motivos, lo que me interesa retener aquí es su tesis de que son sólo palabras socialmente aceptables con las que interpretar (dar razón o indicar la causa) las acciones propias y ajenas. Como no es posible acceder a algo «más profundo» (biológico o instintivo, por ejemplo) que la conducta verbal, en ella hay que quedarse. Los motivos ocultos o «reales» son de nuevo palabras, seguramente menos aceptadas que los motivos expresados. Pues bien, si tal tesis se articula con la expuesta más arriba, según la cual el lenguaje controla la percepción y media la conducta en los procesos de interacción, es fácil percibir la fuerza que cobra la idea del lenguaje como sistema de control social. Las «ficciones» de Lippmann, artefactos elaborados con palabras que suplantian a un medio demasiado complejo y lo sustituyen por otro más apropiado

para la adaptación, terminan encerrando en la red del lenguaje a los creadores de ese medio. El lenguaje, pues, como liberación y como sujeción, inseparablemente.

He escogido las conocidas tesis anteriores por parecerme muy adecuadas para introducir el tema que nos ocupa: se esté o no de acuerdo con ellas, plantean una serie de difíciles problemas que vinculan el lenguaje con la percepción, el conocimiento, el pensamiento, la motivación y, a la postre, la libertad. Y todo ello, sin duda, subrayando desde el principio la naturaleza de «cosa social» del lenguaje, con lo que se pone de manifiesto la presencia de los demás (de la sociedad, del «otro generalizado») en nuestros reductos aparentemente más íntimos. El lenguaje es una creación social que se me impone: es para mí algo dado, con lo que filtro mi percepción, construyo mi conocimiento del mundo y produzco mi pensamiento; un pensamiento dialógico, en el que mi interlocutor es la propia sociedad. El lenguaje, pues, que es realidad social, es por ello condición y límite del ser social y mediación entre éste y la conciencia.

No se trata, pues, de un asunto menor para la sociología, ni de una cuestión que pueda agotarse en una especializada Sociología del lenguaje, sino que es una importante fuente de problemas para la teoría sociológica (y, en general, para las ciencias sociales), problemas en su mayoría no resueltos.

3. EL LENGUAJE Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Permítaseme presentar aquí no una panorámica de los estudios que desde la antropología y la sociología se han dedicado al fenómeno del lenguaje, sino tan sólo una pequeña muestra de los mismos. Y espero que, por arbitraria que pueda parecer, ponga de manifiesto cómo desde las ciencias sociales se ha prestado atención a nuestro tema.

Comencemos por la rica tradición antropológica de estudio del lenguaje, en la que, según Uribe (1970: 65), conviene distinguir tres líneas de trabajo diferentes. En primer lugar, la británica, en la que Tylor fue uno de los primeros en abordar cuestiones lingüísticas en el marco de la antropología general; pero, sin duda, la figura clave a este respecto es la de Malinowsky, quien supo reconocer (cosa que no llegó a hacer Radcliffe Brown) la importancia de la lingüística para la antropología, planteando incluso la posibilidad de descubrir qué hay de esencial y común en el lenguaje a través de sus variaciones interculturales. Malinowsky fue, además, un adelantado en la consideración del lenguaje como un modo de acción y no meramente como una expresión del pensamiento, tesis que mantiene, entre otras del mayor interés, en su famoso artículo sobre el problema del significado en las lenguas primitivas, publicado en 1923 como suplemento al libro de Ogden y Richards sobre *El significado del significado* (1984).

Por su parte, la línea francesa de estudio del lenguaje en la tradición antropológica se apoya explícitamente en la sociología durkheimiana,

subrayando el carácter social del lenguaje y presentando la estratificación social como clave para explicar la variación lingüística, especialmente la semántica; es también de destacar la aceptación de la importancia que el lenguaje tiene para la construcción de las categorías mentales. Mauss, Cohen y Lévi-Strauss han coincidido en destacar la congruencia entre el lenguaje y los restantes aspectos de la cultura, como sistemas compartidos y socialmente heredados. El importante libro de Cohen *Materiaux pour une Sociologie du langage* (publicado en 1956 y puesto al día en 1971) muestra cómo los territorios de la sociología, la sociolingüística y la antropología pueden fecundarse y complementarse mutuamente.

La escuela norteamericana ve también en el lenguaje, ante todo, un producto cultural y una herencia social. Boas, Sapir y Bloomfield tuvieron especial interés en el comparativismo, así como en relacionar la variación lingüística con la variación social, situando así el estudio del lenguaje en su contexto sociocultural y creando las bases para la constitución de la etnolingüística, cuyo representante más caracterizado es Hockett. Sapir llegó a sostener que aunque ordinariamente no se piensa que el lenguaje tenga un interés esencial para la ciencia social, lo cierto es que condiciona poderosamente todo nuestro pensamiento sobre los problemas y procesos sociales. Consecuente con esta idea, Whorf publicó en 1941 un trabajo sobre los indios Hopi en el que mostraba cómo su pensamiento habitual se derivaba de las características morfológicas, sintácticas y léxicas de su lengua; la tesis de Whorf podría resumirse en la idea de que los modos de hablar peculiares de un pueblo son indicación y expresión de su visión del mundo, y constituyen una serie de premisas tácitas de su cultura que definen la naturaleza del universo y la posición en él del hombre. Pero hay que decir que, hasta aquí, lo que dice Whorf no es nuevo, sino que se sitúa en una tradición en la que Humboldt había señalado que las lenguas difieren más por sus cosmovisiones que por sus sonidos; el propio Durkheim pensaba que el lenguaje expresa la forma en que la sociedad se representa al mundo y a los hechos de la experiencia; Weisgerber, por su parte, sostuvo que el lenguaje no refleja el mundo, sino que lo modela; y es bien conocido que Boas mostró cómo agrupamos y separamos los seres de ciertas formas, en tanto que los Aranda utilizan taxonomías completamente diferentes, de lo que es responsable —al menos en buena parte— el lenguaje.

Sin embargo, Whorf va más lejos que todos ellos cuando sostiene que la influencia del lenguaje sobre el pensamiento y la conducta se basa sobre los modos de analizar y describir la experiencia, que se han fijado en el lenguaje y que no dependen del orden institucional ni de la estructura de las relaciones sociales: justamente al contrario, para Whorf los modos de hablar determinan las relaciones sociales gracias a su papel de conformadores de la cultura. En otras palabras: la relación entre lenguaje y cultura *no* está mediada por la estructura social. Pues bien, este papel de radical variable independiente atribuido por Whorf al lenguaje ha sido objeto de multitud de críticas, la más destacable de

las cuales es posiblemente la de Bernstein, quien sostiene que los modos de hablar, que tan decisiva influencia ejercen sobre la visión del mundo, la cultura y la experiencia, dependen, a su vez, de la forma que adoptan las relaciones sociales: la estructura social genera formas lingüísticas diferenciadas que afectan a los contenidos culturales y condicionan las conductas.

Pero dejemos a los antropólogos y vengamos a la tradición sociológica del interés por el lenguaje, en la que en lugar de intentar la presentación de distintas aportaciones me voy a limitar a algún ejemplo muy característico. Por diversas razones, y dejando aparte a los clásicos, el caso de Parsons me parece digno de mención; en unas famosas páginas se dedica a afirmar el carácter radicalmente social del lenguaje, de suerte que los sistemas sociales dependerían de la simbolización lingüística y de la comunicación. El lenguaje es el mecanismo de comunicación más general, y la matriz de la que se han diferenciado otros mecanismos simbólicos generalizados de comunicación o intercambio, como son el dinero, el poder, la influencia y el compromiso de valor. En sus propias palabras, «el lugar del lenguaje en los sistemas de acción radica especialmente en la relación entre la cultura y el sistema social. El lenguaje es el mecanismo más generalizado que media la comunicación humana. En el sistema general de la acción su función primaria es social, puesto que la comunicación y la interacción son inseparables» (1961: 976).

La teoría parsoniana acerca de los medios generalizados de intercambio sostiene que se han ido diferenciando del lenguaje otros mecanismos más especializados para la mediación de la interacción, todos ellos analizables lingüísticamente. En el texto a que me refiero se ha querido ver con frecuencia una explicación del lenguaje desde el dinero, lo que es totalmente erróneo: al contrario, para Parsons es el lenguaje el que explica al dinero, ya que éste, como medio simbólico generalizado de intercambio, se deriva de la matriz básica constituida por el lenguaje. Y lo cierto es, en efecto, que Parsons analiza morosamente los paralelos entre ambos (como en otro conocido trabajo hará en relación con el dinero y el poder), si bien el medio dinero es mucho más especializado y simple que el lenguaje. El lenguaje es un medio de intercambio que circula mensajes, pero al mismo tiempo opera como medida de su valor, ya que tiene la naturaleza de un código sujeto a reglas con arreglo a las que se lleva a cabo la interacción lingüística, reglas que están lo suficientemente estandarizadas como para que puedan ser inmediatamente aplicadas por los interlocutores.

Dicha estandarización, sin embargo, no excluye una cierta flexibilidad, pero no hasta el punto de que los significados hayan de ser interpretados *ad hoc*, como sucede en la comunicación pre-lingüística, carente de codificación. En el lenguaje, por otra parte, existen dos niveles: uno fraseológico, que es análogo al de los valores en el sistema social, y otro sintáctico, análogo al de las normas en dicho sistema. Es de notar que el tratamiento sociológico del lenguaje que lleva a cabo Parsons en el peculiar contexto de su teoría del sistema social se decla-

ra expresamente tributario de los trabajos lingüísticos de Jakobson, Hymes y Halle; y ha de subrayarse que dicho tratamiento se apoya, como hemos visto, en la concepción de la acción social como proceso simbólico, orientado por el significado de lo que se comunica. La teoría parsoniana del lenguaje constituye, pues, el fundamento de su teoría de los medios simbólicos generalizados de intercambio, con lo que ocupa un lugar rigurosamente central en su pensamiento.

Otro ejemplo de interés sociológico por el lenguaje lo ofrece la etnometodología, destacando la aportación de Cicourel con respecto a la socialización del niño, que, en su opinión, depende del aprendizaje de la lengua, y en concreto de la interiorización de los significados: «el problema del significado para el antropólogo o el sociólogo consiste en cómo los miembros de una sociedad o una cultura adquieren un sentido de la estructura social que les capacita para llevar a cabo [*negotiate*, dice Cicourel] sus actividades cotidianas» (1973: 46). La actividad lingüística del adulto supone competencia en los niveles fonológico, sintáctico y semántico, pero, además e inseparablemente, implica una visión del mundo culturalmente determinada. En definitiva, el orden social se hace posible gracias a la adquisición infantil de la estructura social, que se opera en el aprendizaje de la lengua y de sus significados.

Desde la posición relativamente próxima ocupada por Goffman, lo que se destaca es cuán profundamente incorporados a la naturaleza del habla se encuentran los requerimientos fundamentales de la teatralidad: cuando los individuos se encuentran en presencia de otros, sus miradas, gestos y cambios de postura comportan toda clase de implicaciones y significados; y las palabras que en tales circunstancias se pronuncian vienen calificadas por el tono de voz, la velocidad con que se habla, las pausas y arranques. Sus planteamientos dramáticos hacen también interesarse a Goffman por el *status* de participación que corresponde a quienes están en situación de oír las palabras pronunciadas, así como por quién habla el que lo hace, si por sí mismo o por otro (1981: 1-4). Pues bien, ¿cómo no convenir en la importancia que para la comunicación humana tienen esos elementos susceptibles de análisis etológico y sociológico?

Pero trasladar el tema del lenguaje al plano de la comunicación supone abrir perspectivas vinculadas a la política y a la ética, de lo que es notorio ejemplo la obra de Habermas. Según este autor, la competencia comunicativa (noción que, como veremos, se propone como alternativa a la de mera competencia lingüística) depende tanto de la capacidad humana para el lenguaje como de determinadas condiciones socioculturales, y en particular de las intersubjetivas e institucionales que hagan el mutuo entendimiento posible. La tesis central es que donde la comunicación está organizada sobre la base de la dominación, y no sobre la de una libre comunidad de hablantes, lo que se produce es un entendimiento equívoco, un pseudoconsenso, un malentendido en que no hay verdadera comunicación entre los interlocutores. La «situación ideal de habla», o «situación lingüística ideal», existe raramente en las situaciones sociales reales, que son más bien ocasión de una comunicación sis-

temáticamente distorsionada. Allí donde las condiciones de la interacción simbólica (o, si se prefiere, de la ejecución de los roles) no están basadas en la verdad, la libertad y la justicia, la acción comunicativa queda distorsionada, y el nivel de distorsión se corresponde con el de dominación represiva existente en la sociedad.

Para Habermas, la evolución humana se produce simultánea e inseparablemente en tres medios sociales, el del trabajo, el de la interacción y el del lenguaje: pero las reglas técnicas empleadas en el trabajo y las normas sociales que regulan la interacción están formuladas a través del lenguaje, con lo que los tres medios y las acciones en ellos producidas mantienen una estrecha interdependencia. De aquí que cualquier propósito emancipatorio deba tener en cuenta esta interconexión. Por ello puede decirse que la crítica marxiana de la economía política no es una ciencia social rigurosamente completa, ya que no desarrolla una crítica de la forma de dominación basada en la acción comunicativa: ello es precisamente lo que intenta Habermas al construir una teoría de la comunicación basada en las nociones de situación ideal de habla y de comunicación sistemáticamente distorsionada, dirigida a señalar la posibilidad y los requisitos del discurso racional y de la comunicación. Tal discurso no sólo ha de verse libre de la amenaza de violencia, sino también de las condiciones de desigualdad y asimetría entre las personas. De aquí que la apertura del «espacio público» operada por la burguesía se revele como insuficiente: a causa de la desigualdad social, el público pierde su capacidad de participar de manera crítica y reflexiva en el proceso político, y la discusión deja de ser pública para quedar crecientemente limitada a los técnicos y burócratas. Lo que es incompatible con los requisitos de un público racional es la dominación, y ésta se basa no sólo en la propiedad de los medios de producción, sino en el poder político. En resumidas cuentas, es la dominación mediada tanto por el poder económico como por el político lo que impide la racionalidad, y por el contrario es la libertad la que la fundamenta, según interpreta Gouldner (1978: 183).

Los requisitos que podrían exigirse para una situación lingüística ideal serían los siguientes: que no exista violencia, que ninguna de las partes se vea privilegiada en el intercambio comunicativo, que éste sea ilimitado, que haya completa simetría en la participación (de suerte que una de las partes no pueda imponer sus propias normas de discusión, y ambas partes tengan iguales oportunidades de expresarse), y que exista la posibilidad de cuestionar los símbolos tradicionales y las propias reglas del discurso. Pero tal catálogo de requisitos no es aceptado pacíficamente por todos los teóricos. Gouldner, por ejemplo, sostiene que aunque la violencia merezca obviamente un juicio ético negativo, no es siempre y necesariamente adversa a la racionalidad; en relación con la no existencia de límites al discurso, cree que no hay ninguna razón por la cual se deba permitir o estimular a nadie a decir públicamente todo lo que quiera decir, como tampoco para que todos deban ser obligados a oír cualquier cosa que alguien desee decir. En su opinión, a menos que haya algún límite a lo que pueda decirse, cuándo y a quién, no hay

ninguna previsibilidad posible en el discurso humano, ninguna posibilidad de lógica y racionalidad. Del mismo modo, y si bien no hay por qué fomentar una conformidad compulsiva con los símbolos y reglas del discurso vigentes, tampoco es posible ni conveniente ponerlos todos en cuestión al mismo tiempo: no puede haber ningún lenguaje que sea totalmente autoconstituido ni autojustificado, por lo que la posibilidad de crítica universal de sus símbolos y reglas nos llevaría al silencio, a no poder hablar. Con respecto, por último, al requisito de igualdad, Gouldner señala la relación que la desigualdad mantiene con la existencia de valores diferentes, no compartidos, por lo que la igualdad no sería nunca la eliminación de todas las diferencias. De todas formas, y por fundadas que sean tales críticas, Gouldner simplifica en exceso el pensamiento habermasiano, entre otras cosas porque cuando las formuló no había sido publicada todavía la *Universalpragmatik* (que lo sería justamente el mismo año que *The Dialectic of Ideology and Technology*, 1976).

Sea cualquiera la valoración que se haga de la propuesta habermasiana, el sociólogo hará bien en tener presente que aunque las esferas de la producción material de la vida y de la dominación política estén mediadas lingüísticamente, no son básicamente lingüísticas: la tentación de ceder a un cierto reduccionismo lingüístico implicaría un escamoteo de los problemas sustantivos. Es bien cierto que éstos se expresan a través del lenguaje, pero desde luego no se confunden con él.

La elaboración que, por su parte, lleva a cabo Bourdieu de los aspectos sociales del lenguaje en su libro *Ce que parler veut dire* tiene estrecha relación con los fenómenos de poder que le interesan, y se plantea en buena medida de manera polémica con las construcciones estructuralistas.

Señala Bourdieu que no hay que olvidar que los intercambios lingüísticos «son también relaciones de poder simbólico en las que se actualizan las relaciones de fuerza entre los que hablan o entre los grupos respectivos» (1982: 14). De acuerdo con ello, no le parece suficiente un análisis cultural del lenguaje, sino que aspira a introducir en él la dimensión de intercambio para llegar a lo que llama una economía del intercambio simbólico, o lingüístico (que es el subtítulo del libro). No voy a recoger aquí las críticas a Saussure y a Chomsky (con las que coincido casi totalmente), pero sí quiero destacar que la existencia de comunidades lingüísticas en las que existen instituciones que imponen el reconocimiento universal de la lengua dominante le parece que implica la existencia de relaciones de dominación lingüística.

Las relaciones que se dan entre los diferentes usos de la lengua *retra-ducen* de alguna manera el sistema de diferencias o desigualdades sociales: la jerarquía de estilos de habla expresa la jerarquía de los grupos. En este sentido se esfuerza Bourdieu en subrayar que la interacción lingüística (y, cabría añadir, la interacción social) no consiste en una simple relación entre interlocutores, sino que la forma particular que reviste lo que sucede entre dos personas se debe a la relación objetiva existente entre los diferentes usos de la lengua, *esto es*, entre los grupos que practican dichos usos; de suerte que un planteamiento estricta-

mente microsociológico puede llevar —dice— a la desaparición de lo real. Afirmaciones como la anterior me parecen sumamente importantes, bastante más, desde luego, que el empeño en dotar de una terminología económica a los fenómenos que estudia («capital lingüístico», «mercado lingüístico», «renta de situación», «formación de precios», etc., expresiones con las que trata de articular su propuesta teórica de economía del intercambio lingüístico, que es sin duda una economía política).

Es de señalar también que Bourdieu reconoce al lenguaje la eficacia simbólica de construir la realidad, señalando oportunamente el origen neokantiano de dicha tesis; en términos muy análogos a los utilizados por Schutz, sostiene que el sentido común se fundamenta en el consenso acerca del sentido del mundo social operado en forma de representación. Es claro, pues, que se interesa por la eficacia del discurso, aunque no cree que tal cosa radique en las solas palabras: separándose así de Austin, atribuye la *illocutionary force* de los enunciados performativos a «una autoridad que llega al lenguaje desde fuera», desde la posición social del locutor. En definitiva, Bourdieu propugna «incluir en lo real la representación de lo real», con lo que no puedo estar más de acuerdo, ya que así lo he sostenido en un trabajo de 1982.

Basten, pues, los ejemplos mencionados para indicar algunas de las direcciones en que se ha desenvuelto el interés por el lenguaje manifestado por la teoría antropológica y sociológica. Toda ejemplificación es insatisfactoria, y particularmente la que antecede, por demás fragmentaria y somera.

4. LA LINGÜÍSTICA Y LA DIMENSION SOCIAL DEL LENGUAJE

Durante muchos años, la lingüística moderna se ha interesado muy poco por la dimensión social del lenguaje, pese a ser tan evidente su papel en la interacción comunicativa y su condición de universal simbolizador. Esa falta de sensibilidad para la consideración de los aspectos sociales del lenguaje cabe atribuirla en buena medida a la orientación teórica de dos de los más importantes lingüistas, Ferdinand de Saussure y Noam Chomsky.

En efecto, y por lo que hace al primero, fundador de la lingüística estructural, la fundamental distinción que propone entre *langue* (lengua) y *parole* (o habla, como se ha convenido en traducir el término) concibe a la lengua como el sistema de signos disponible en una comunidad lingüística, en tanto que el habla es un acto individual en el que el sujeto hace un uso selectivo y diferencial de aquel sistema. Con ello queda distinguido lo que a juicio de Saussure es social y esencial de lo que es individual y accidental: lo social es la lengua, no el habla efectiva, y la lengua es homogénea y uniforme, en tanto que las variaciones que se experimentan en el habla se consideran meras «desviaciones». A fin de cuentas, desde tal perspectiva el sujeto que habla es visto simplemente como un individuo.

Pero la teoría sociológica no puede concebir el habla como expresión fortuita de opciones individuales, sino todo lo contrario: como un sistema pautado de intercambios sociales, que es resultado de las desigualdades, de presiones institucionales, de relaciones de poder. Cabría decir que el sistema de relaciones sociales determina el uso hablado de la lengua en forma de reglas tipificadas de selección lingüística, dependientes de una determinada situación: esto es precisamente lo que Saussure llamó «lingüística externa», y consideró marginal al objeto de conocimiento de la lingüística.

Así pues, de sus dicotomías lengua/habla y lingüística interna/lingüística externa, Saussure selecciona como pertinentes para la determinación del objeto de la ciencia del lenguaje los primeros términos de ambas, con lo que viene a excluir de su campo de interés la consideración social del lenguaje (por más que en distintas ocasiones afirme lo contrario), optando por una línea de descriptivismo formalista que frecuentemente ha sido criticada desde la sociolingüística por su posición extremadamente asocial, interesada sólo en el estudio del sistema de la *langue*, e insensible ante la evidencia de que las variantes lingüísticas no son individualmente libres, sino socialmente pautadas.

Desde el punto de vista sociológico, no cabe calificar al habla de fenómeno individual, de modo que sea social sólo la lengua: ambas son realidades sociales convencionales, y una y otra están reguladas por normas sociales. Lo que Mounin llama el «sociologismo» de Saussure, referido siempre a la influencia de Durkheim, cede terreno desde el primer momento a una suerte de psicologismo mentalista: la propuesta de nueva ciencia que estudie la vida de los signos en la vida social, la semiología, se lleva a cabo explícitamente en el seno de la psicología. Y como quiera que «la lingüística no es más que una parte de esa ciencia general», el reduccionismo psicológico termina cerrando el paso a cualquier consideración sociológica al respecto.

Así pues, y por más que el lingüista ginebrino insista en que el lenguaje es social por naturaleza, a la hora de la verdad la lingüística es planteada como una parte de la psicología, de lo que, como es lógico, ha de resentirse la relevancia concedida a la dimensión social del lenguaje por la lingüística estructural.

Chomsky, cabeza visible de la gramática generativa, confina, por su parte, a la lingüística en el estudio del conocimiento abstracto de las normas del lenguaje (lo que llama *competence*, o competencia lingüística), marginando la investigación del uso lingüístico (o *performance*) como irrelevante para el objeto de conocimiento de la lingüística. Para este autor, la teoría lingüística se ocupa de un hablante-oyente ideal, que conozca perfectamente la lengua y no esté afectado por condiciones ajenas a la gramática, y sólo excepcionalmente puede tenerse en cuenta la forma en que el contexto situacional determina el uso de la lengua. Se opta, pues, por situar el estudio del lenguaje en un plano deliberadamente idealizado.

Todo este planteamiento descansa en la admiración chomskiana ante «la proeza» que supone la adquisición de la lengua por el niño,

inexplicable desde cualquier teoría del aprendizaje, así como ante la capacidad del hablante de hacer un uso infinito de medios finitos. Para resolver el problema acude al innatismo en el marco de la filosofía racionalista cartesiana, lo que le lleva a delimitar el objeto de la lingüística como una realidad mental subyacente al uso observado de la lengua, con lo que dicha *performance* «no puede constituir el objeto de la lingüística si ésta ha de ser una disciplina seria» (1965: 4). Consecuentemente, la dimensión social del lenguaje carece de relieve en la gramática generativa. En su lugar, la lingüística se ocupa de un sistema de reglas abstracto y universal, innato y subyacente a la actuación del hablante. La determinación del objeto de la lingüística parece así decididamente asocial, en la medida en que se excluye la consideración del uso o actuación lingüística si es que «ha de ser una disciplina seria». Pero incluso el estudio empírico del uso observado del lenguaje, aparentemente necesario para la inferencia de sus reglas subyacentes, resulta en la práctica sustituido por la introspección y la intuición, con lo que desaparece toda posible consideración social al respecto.

Es obvio que cada ciencia delimita su objeto de conocimiento de la forma que estima más apropiada, y no ha de pretender la sociología rectificar en ello a la lingüística, ni a la estructural ni a la gramática generativa. Sorprende, sin embargo, que los que pueden considerarse sin duda como los dos paradigmas lingüísticos más importantes del siglo xx compartan idéntica falta de sensibilidad por la dimensión social del lenguaje, desplazando a las tinieblas exteriores a la *parole* y a la *performance*, aunque pagando respetuosamente un formal tributo verbal a dicha dimensión, que acto continuo queda inoperante y olvidada. No será en las teorías de Saussure ni en las de Chomsky donde la sociología pueda encontrar el adecuado tratamiento lingüístico a la para ella manifiesta y extremadamente importante dimensión social del lenguaje: el interés por la muy estrecha relación entre lengua y sociedad, así como por las consecuencias de la constatación de que las variantes lingüísticas no son libres, sino socialmente pautadas, se encuentra en otro lugar de la lingüística, en la sociolingüística, «heterodoxa» hasta bien pasada la mitad de nuestro siglo. Pues aunque hay quien identifica la acotación de dicho campo con las intervenciones de Levy-Bruhl en el IV Congreso Internacional de Lingüística, celebrado en Copenhague en 1936, hasta 1964 no se celebró una Conferencia de Sociolingüística, en Los Angeles.

Frente a la indiferencia por el estudio de la *parole* en la lingüística estructural, o de la *performance* en la gramática generativa transformacional, el eje del interés de la sociolingüística se desplaza precisamente a la observación del uso de la lengua y de sus variantes en el curso de la interacción social. Para Labov, por ejemplo, la variedad es inherente al uso de la lengua, de manera que ningún hablante se reduce a un solo código: la lengua se usa por cada individuo atendiendo a cada contexto específico de interacción según pautas socialmente establecidas, lo que ha llevado a formular la noción de «competencia comunicativa» (como alternativa a la solipsista y uniforme «competencia lingüística»), entendi-

da como capacidad para usar la lengua de acuerdo con los factores sociales presentes en los actos y situaciones de comunicación.

En el concepto de competencia comunicativa está implícito el proceso de socialización, en el que aprendemos las normas que determinan el uso socialmente adecuado de los repertorios lingüísticos en contextos sociales determinados: las distintas relaciones sociales que se hacen presentes en la interacción social especifican lo que ha de decirse, cómo y cuándo. El aprendizaje de repertorios particulares implica la conformación de la propia identidad de acuerdo con las exigencias del mundo social en que uno vive, ya que, como ha señalado Bernstein, los individuos aprenden sus roles precisamente a través de procesos de interacción comunicativa.

Por otra parte, y rectificando la equivocada concepción del lenguaje como un fenómeno social homogéneo (el «comunismo lingüístico» que critica Bourdieu), la sociolingüística no percibe a la comunidad como unilingüe, como lingüísticamente uniforme e inclusiva de todos los repertorios existentes, sino que ve en el lenguaje un importante elemento de diferenciación social. En efecto, desde los trabajos de Weinrich y Coseriu en los años cincuenta, lo que se destaca es la heterogeneidad del lenguaje en cualquier comunidad, expresada en variedades tanto temporales (el lenguaje cambia en el tiempo) como espaciales (hay una geografía diferencial del lenguaje), y tanto estratificacionales (hay hablas de clase) como estilísticas (el contexto determina el lenguaje apropiado). Pues bien, como en su día apuntó Martinet, es justamente tal variedad lo que constituye el objeto de la sociolingüística.

Es claro que en toda comunidad lingüística existe un uso de la lengua generalmente aceptado, pero también existe una organización social de tal uso que impone comportamientos lingüísticos diferenciales. En este sentido, me parece acertado el préstamo que toma Fishman de MacLuhan, afirmando que también aquí el medio es, al menos parcialmente, mensaje: en efecto, la lengua no es simplemente un medio de comunicación, un vehículo de contenidos, sino que la misma lengua (esto es, su específica variedad utilizada en una determinada interacción comunicativa) es ya contenido, en la medida en que el uso de esa variedad expresa ya lealtades y animosidades, valores y emociones. El que un individuo se dirija a otro en una situación determinada utilizando una lengua u otra, un dialecto u otro, con una u otra fonética, empleando tal o cual vocabulario, no es en modo alguno meramente instrumental, sino sustantivo.

El hecho es, pues, que si una comunidad lingüística implica por definición una lengua, ésta resulta ser en la práctica una acumulación de dialectos sociales, de sociolectos, que se configuran como variable dependiente en una ecuación en que la función y las variables independientes son estrictamente sociales: el uso de la lengua es, en su diversidad, producto de una determinada organización social. La estructura social se expresa en los dialectos sociales diferenciados: ante todo, en el hecho de su mera existencia, e inmediatamente en el de su utilización, que no es única para cada sujeto, sino adecuada a cada contexto o situa-

ción social. O adecuada, si se prefiere, a cada uno de los diversos roles que desempeña el sujeto. El incumbente del rol A se ve constreñido a utilizar el sociolecto sancionado para tal rol, y cuando el mismo sujeto pasa a ser incumbente del rol B ha de utilizar un sociolecto diferente: se trata del fenómeno de la «conmutación», consistente en el paso de una variedad lingüística a otra, que implica una delicada socialización a la que no se ha prestado demasiada atención hasta épocas recientes.

Quiero destacar que la conmutación no viene siempre impuesta por un cambio de rol, sino que puede ser realizada por el hablante para que sus interlocutores perciban que lo que dice tiene un determinado sentido que no quiere que pase desapercibido, o cuya explicitación requeriría demasiadas explicaciones. Con lo que se pone de manifiesto, una vez más, que la interacción lingüística está gobernada por normas sociales en sentido estricto, en el bien entendido de que también son normas sociales (ahora en un sentido más lato) las reglas gramaticales, sintácticas y semánticas que regulan el uso lingüístico.

Según señaló Bright en 1966, el objeto de estudio de la sociolingüística es la diversidad lingüística, y su más importante dimensión el estudio de los condicionantes de tal diversidad, fundamentalmente la identidad social del hablante y del oyente y las características de la situación comunicativa. Este planteamiento coincide con la noción de «sociolingüística alingüística», formulada por Rona en 1970, que se ocuparía del estudio de la influencia de la sociedad sobre el lenguaje (en tanto que la sociolingüística propiamente lingüística estudiaría la estructura interna del sistema lingüístico con todas sus variantes). Podría, pues, decirse que la sociolingüística se ocuparía del estudio de la lengua en dos aspectos concretos: primero, describiendo las variedades lingüísticas de las comunidades (poliglosia, sociolectos, funciones y jerarquía de los usos o de las lenguas, lealtades y traiciones, etc.); segundo, analizando fenómenos lingüísticos en función de variables sociales, esto es, estudiando la estructura y evolución de las lenguas en el contexto social de la comunidad de que se trate. La sociolingüística sería así una ciencia fundamentalmente lingüística, no sociológica: su objeto de estudio sería la lengua, y su diferencia básica respecto de la lingüística en sentido estricto sería que la sociolingüística se interesa por el lenguaje exclusivamente en su contexto social.

Ahora bien, si lo anterior puede ser aceptable, lo que ya no está tan claro es la diferenciación entre sociolingüística y sociología de lenguaje. Ciertamente es fácil decir, como más arriba se hace, que la sociolingüística es lingüística y que la sociología del lenguaje es sociología: pero como casi siempre estudian los mismos fenómenos, y frecuentemente de formas muy parecidas, la distinción resulta artificiosa y enojosa (y, desde luego, no pretendo resolver aquí la cuestión). Lo más que creo estar en condiciones de decir es que, en mi opinión, lo que ha centrado la atención de los sociolingüistas ha sido, sobre todo, el papel de los factores intralingüísticos en la explicación de la variedad lingüística asociada a la heterogeneidad social; en tanto que lo que ha preocupado a los sociólogos del lenguaje ha sido el juego de los factores extralingüísticos

(esto es, sociales) en la explicación de dicha variedad. Pero esto está lejos de ser evidente, como veremos.

En todo caso, salta a la vista que el reciente interés por la sociolingüística y por la sociología del lenguaje tiene mucho que ver, como recuerda Fishman, con los problemas prácticos surgidos o revitalizados en muchos países en relación con el uso de diversas lenguas, problemas que inmediatamente han trascendido a la esfera política: los conflictos de los francocanadienses con sus compatriotas anglófonos, los surgidos entre flamencos y valones, los planteados por galeses e irlandeses respecto del inglés, las protestas de los hablantes de yiddish en la Unión Soviética, y la lucha por la normalización de sus lenguas emprendida por provenzales, catalanes, bretones, frisios, vascos y gallegos; si a esto se añade la existencia de ciertas políticas lingüísticas coronadas por el éxito, como es el caso del hebreo, en contraste con otras que se debaten entre grandes dificultades, como las del indonesio y el malayo, todo ello ha venido a estimular el interés de sociólogos y lingüistas, no tanto para la formulación de grandes teorías al respecto, sino para tratar de entender las actitudes y comportamientos de la gente en relación con la lengua, el valor simbólico que las variedades lingüísticas tienen para sus hablantes, y las posibilidades y límites de las políticas lingüísticas.

Uno de los fenómenos al que se ha prestado más atención en este contexto es el del bilingüismo, caso especial y extremo de la conmutación. Durante mucho tiempo, los psicólogos norteamericanos sostuvieron que el bilingüismo constituía un freno al desarrollo de la inteligencia, lo que se evidenciaba en que los niños bilingües presentaban un cociente de inteligencia inferior al de los monolingües, de modo que se aconsejaba por ello a los padres que prescindieran de la enseñanza de las lenguas minoritarias de origen, limitándose al inglés. Pues bien (y al margen de la crítica que puede hacerse a tal posición a partir de las deficiencias hoy bien conocidas de la técnica y metodología del IQ), ya en 1972 Lambert demostró lo erróneo de tales estudios, basados en comparar a los hablantes de la cultura dominante (niños monolingües) con los inmigrantes recientes (niños bilingües), ignorando los factores de pobreza, marginación e inadaptación cultural; por su parte, comparó bilingües francocanadienses con monolingües francófonos, y obtuvo conclusiones opuestas a las tradicionalmente mantenidas: los niños bilingües eran sistemáticamente mucho más brillantes en los tests verbales y no verbales que los monolingües, quedando así claro que el bilingüismo no frena el desarrollo de la inteligencia, sino que la favorece.

Fishman, a quien estoy siguiendo en este punto, recuerda (1979: 120) que el término diglosia fue introducido por Ferguson para referirse a la situación de una comunidad con dos o más lenguas reconocidas, en la que un conjunto de conductas, actitudes y valores apoya una determinada lengua y es expresado en ella, y otro conjunto mantiene análogas relaciones con otra lengua diferente, de suerte que hay una lengua A (alta) superpuesta a otra B (baja), ambas aceptadas como culturalmente legítimas y complementarias.

Este concepto fue ampliado por Gumperz, en el sentido de que la diglosia no se da solamente cuando existen dos lenguas, una culta y otra vernacular, sino en todas las comunidades lingüísticas con variedades lingüísticas diferenciadas de cualquier clase que sean, siempre que su uso esté socialmente pautado. Esta tesis ha llevado a Fishman a suponer, a mi juicio equivocadamente, que «el bilingüismo es esencialmente una caracterización de la versatilidad lingüística *individual*, mientras que la diglosia es una caracterización de la ubicación social de las funciones para diferentes lenguas o variedades» (1979: 129). Por mi parte, creo que la distinción entre bilingüismo y diglosia no radica en que el primero corresponda al plano individual y la segunda al social, pues el bilingüismo de una comunidad no es sino una forma extrema de variedad lingüística, y por tanto un fenómeno rigurosamente social. A mi modo de ver, en toda comunidad lingüística existe *siempre* un grado mayor o menor de diglosia entre sus variedades lingüísticas, se trate de variedades en sentido estricto (esto es, de la misma lengua) o se trate realmente de lenguas diferentes. Podrá, pues, darse el fenómeno diglósico con o sin bilingüismo, pero el bilingüismo irá siempre acompañado de una situación diglósica.

El bilingüismo y la diglosia pueden estar determinados no sólo culturalmente, sino políticamente y de manera formal. No otra cosa significa el reconocimiento como «oficial» o «nacional» de una lengua, o su exigencia para las actividades relativas al gobierno, la justicia, la educación, etcétera. El caso extremo de bilingüismo diglósico es el reconocimiento como oficial y exclusiva en la vida pública de una de las lenguas coexistentes, relegando la no privilegiada al ámbito privado interpersonal, sin posibilidad incluso de publicaciones ni de enseñanza. Pues bien, precisamente en la medida en que los ámbitos oficial y privado permanezcan compartimentados, vinculándose a cada uno de ellos actividades, valores y sentimientos específicos complementarios, las lenguas A y B no convergen y tampoco la B desaparece, aunque se degrade al carecer de enseñanza formal y expresión escrita pública. Y es digno de ser destacado que la evidencia empírica pone de manifiesto que el número de comunidades lingüísticas caracterizadas por la diversificación en términos de bilingüismo, lejos de disminuir se ha incrementado de manera notable, incremento que suele atribuirse al de la complejidad social, aunque todo hace suponer que la explicación del fenómeno no sea tan simple. En efecto, y como recuerda una vez más Fishman, en las regiones de Asia y Africa que fueron colonizadas por los europeos a menudo los medios de producción fueron controlados por una comunidad lingüística, mientras que la fuerza de trabajo estaba constituida por otra diferente. Pues bien, prescindiendo de fenómenos tan interesantes como la aparición de formas *pidgin* de la lengua colonizadora utilizadas para la actividad de explotación económica, muchos nativos reaccionaron abandonando en lo posible sus modelos sociales tradicionales y aprendiendo la lengua relacionada con los medios de producción. En tanto que actualmente, desaparecido el colonialismo tradicional (factor en el que no parece reparar suficientemente Fishman), no es infrecuen-

te que se intente reemplazar o complementar la lengua de los antiguos colonizadores por versiones elaboradas de las propias lenguas vernáculas, cuyos sistemas de escritura están siendo creados en muchos casos. Pero basten estas notas para indicar que no sólo no aumenta globalmente la uniformidad lingüística en el seno de las comunidades lingüísticas, sino que disminuye. Y parece claro que la cuestión requiere ser mucho más investigada.

Por otra parte, es sabido que la sociología del lenguaje ha contribuido a completar y reinterpretar la noción lingüística de estandarización de una lengua, esto es, la codificación y aceptación de un conjunto de normas que definen su uso correcto, precisando las condiciones sociales necesarias para que se produzca tal institucionalización, y por qué ésta no excluye la coexistencia de variedades no estándar en el seno de la misma comunidad lingüística.

Los sociólogos han contribuido también a que se preste particular atención a las consecuencias que sobre el uso del lenguaje tiene la mutua identificación social de los interlocutores, dentro de esquemas de relaciones socialmente pautados: las diferentes relaciones que es posible entablar en la interacción, y particularmente las que están formalizadas en términos de roles, imponen transacciones lingüísticas altamente diferenciadas que implican variedades lingüísticas específicas. No se habla, en efecto, de la misma manera a un niño, a un profesor, al propio padre, a un camarero o a un amigo. Pero es fácil ver que la cuestión no se agota en la identidad de Alter, sino que sea centra, por el contrario, en la noción de situación social, que implica factores de espacio, tiempo, función, contexto y, claro es, identificación del interlocutor. Se ha llegado así a formular el concepto de ámbitos o dominios lingüísticos, identificando para cada uno de ellos («familia», «amistad», «trabajo», «política», etc.) las variedades lingüísticas socialmente prescritas.

Se pone con todo ello de manifiesto la minuciosidad y el rigor con que está socialmente pautado el uso de las variedades lingüísticas, incluyendo sus relaciones con la desigualdad social institucionalizada. Los hablantes de una determinada clase social pueden conmutar de un repertorio a otro según el dominio en que interactúen, pero todos los repertorios a su alcance se mueven dentro de un margen de variación que puede denominarse «habla de clase», el cual incluye especialidades no sólo fonéticas, como las estudiadas por Labov, sino sintácticas y semánticas. Ross ha hablado incluso de un «efecto pigmalión» que se daría en aquellas comunidades en las que existen, o se cree que existen, posibilidades de movilidad social ascendente, en virtud del cual las clases medias bajas serían lingüísticamente más «correctas», esto es, más orientadas por el código estándar, que las clases superiores.

Bernstein sostiene en sus conocidos estudios que el repertorio lingüístico de las clases más bajas es más restringido, lo que haría su habla más predecible, en tanto que Labov llega a la conclusión de que su habla se caracteriza por ser más informal, y por consiguiente menos predecible. Fishman trata de resolver esta dificultad señalando que el

concepto de repertorio restringido hace referencia a la limitación de variaciones entre variedades lingüísticas, mientras que el de informalidad tiene que ver con variaciones dentro de una determinada variedad lingüística, lo que podría conciliar las evidencias empíricas que apoyan una y otra construcción.

En estrecha relación con las cuestiones anteriores está el problema de la evolución del lenguaje. Para muchos autores, a mayor incidencia de los procesos de urbanización e industrialización, más intensa será la homogeneización de la lengua, esto es, la simplificación y el desuso de sus variedades lingüísticas. Pero otras investigaciones han puesto de relieve la gran heterogeneidad lingüística de la sociedad urbana-industrial avanzada, con su extremadamente compleja diferenciación social. De acuerdo con los estudios de Glenn, nada parece indicar que en dicho medio se produzca una uniformización en el uso de la lengua estándar, que, antes al contrario, parece mantener su nivel de variabilidad pese al consumo masivo de medios de comunicación de contenido oral; en el bien entendido de que el mantenimiento de la variabilidad no implica fijismo en el interior de cada una de las variedades existentes, en donde sí se producen cambios. Lo que no parece es que tales cambios intravarietades impliquen una aproximación intervariedades. En opinión de Fishman, lo que sucede es que se producen dos procesos simultáneos, el de uniformización y el de diversificación, en virtud de los cuales lo moderno y lo tradicional se combinan en nuevas constelaciones, más que verse desplazado lo uno por lo otro.

La estrecha relación entre lengua y estructura social, o más exactamente entre variedad lingüística y desigualdad social, había de recibir atención desde la teoría marxista; dejando aparte los textos clásicos, la aportación posiblemente más interesante a este respecto sea la de Marr, que terminó provocando después de la II Guerra Mundial una ruidosa polémica en la Unión Soviética, cerrada por el propio Stalin con unas declaraciones publicadas en *Pravda* en 1950 y abundantemente reproducidas con posterioridad (1981). En lo que parecía una construcción rigurosamente ortodoxa (que terminó no siéndolo), Marr sostenía que la lengua es una superestructura correspondiente al sistema económico de la sociedad, con lo que al cambiar la base económica cambiaría la lengua; ésta, además, no es homogénea y común para toda la sociedad, sino que se caracteriza por su diversidad y su carácter de clase. Desde tales posiciones criticaba la tradición lingüística histórico-comparativa tachándola de idealista, proponiendo en su lugar una orientación que estimaba materialista y, desde luego, marxista. Pues bien, las declaraciones de Stalin contienen una dura condena de las tesis de Marr, apoyándose en argumentos tan expeditivos como que, pese a revoluciones como la francesa o la soviética, las lenguas permanecen, e incurriendo en una permanente confusión entre los planos del ser y del deber ser al abogar por la «necesidad de una lengua común a todo el pueblo» (1981: 19) de la nación de que se trate.

Creo que tan curioso episodio ayuda a no olvidar las implicaciones políticas que potencialmente tienen las teorías lingüísticas: siendo la

lengua el más universal simbolizador, constituye ella misma un poderoso símbolo de trascendental importancia para sus hablantes. Si, por seguir con Stalin, «una lengua común es uno de los rasgos característicos de una nación» (1975: 9), se comprende fácilmente que el lenguaje es, además de todo lo apuntado hasta aquí, un factor crítico de estabilidad o inestabilidad política. Y las teorías lingüísticas y sociolingüísticas tienen inevitablemente implicaciones ideológicas al respecto, y consecuencias sociales igualmente inevitables.

Este apresurado resumen pone tal vez de manifiesto con bastante claridad la estrecha relación existente entre cuestiones o variables lingüísticas y sociales, y cómo la sociología del lenguaje se articula con la sociolingüística, por más que no se confundan las respectivas orientaciones sociológica y lingüística, al menos en la medida en que la primera tiene primordialmente en cuenta los factores o variables sociales extralingüísticos y la segunda los lingüísticos (o intralingüísticos, si se prefiere). En todo caso, a ambas disciplinas lo que les interesa es el uso de la lengua o, para ser más precisos, las variaciones y diferencias en el uso de la lengua asociadas con la complejidad y la diversificación de la sociedad.

REFERENCIAS

- ALVAR, Manuel, *et al.* (1977): *Lecturas de sociolingüística*, EDAF, Madrid.
- AUSTIN, J. L. (1982): *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona (e. o. 1962).
- BELTRÁN, Miguel (1982): «La realidad social como realidad y apariencia», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 19, julio-septiembre.
- BERNSTEIN, Basil (1965): «A Socio-linguistic Approach to Social Learning», en J. GOULD (ed.), *Penguin Survey of the Social Sciences*, Penguin, Harmondsworth.
- (ed.) (1971, 1973 y 1975): *Class, Codes and Control*, 3 vols., Routledge & Kegan Paul, Londres (hay eds. posteriores, así como trad. española de los vols. I y III, en Akal, Madrid, 1988 y 1989).
- BOURDIEU, Pierre (1982): *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, Fayard, París (hay trad. española en Akal, Madrid, 1985).
- CHOMSKY, Noam (1965): *Aspects of the Theory of Syntax*, The MIT Press, Cambridge (trad. española de C. P. Otero en Aguilar, Madrid, 1971).
- (1974): *Proceso contra Skinner*, Anagrama, Barcelona (e. o. del art. 1971).
- (1977): «Crítica de "Verbal Behavior"», de B. F. Skinner, en Ramón BAYÉS (ed.), *¿Chomsky o Skinner? La génesis del lenguaje*, Fontanella, Barcelona (e. o. del artículo 1959).
- (1981): *Lectures on Government and Binding*, Foris, Dordrecht.
- (1982): *Some Concepts and Consequences of the Theory of Government and Binding*, The MIT Press, Cambridge (hay trad. esp. con el título *La nueva sintaxis: teoría de la rección y el ligamiento*, Paidós, Barcelona, 1988).
- (1984): *Reflexiones sobre el lenguaje*, Planeta-Agostini, Barcelona (e. o. 1975).
- (1986a): *El lenguaje y el entendimiento*, Planeta-Agostini, Barcelona (e. o. 1972).
- (1986b): *Knowledge of Language. Its Nature, Origin, and Use*, Praeger, Nueva York (trad. esp. de E. Bustos en Alianza, Madrid, 1989a).
- (1989b): *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Visor, Madrid (e. o. 1988).
- CHOMSKY, Noam, *et al.* (1979): *La teoría estándar extendida*, Cátedra, Madrid (edición modificada de la original de 1977).

- CICOUREL, Aaron (1973): *Cognitive Sociology*, Penguin, Harmondsworth.
- COHEN, Marcel (1973): *Manual para una sociología del lenguaje*, Fundamentos, Madrid (e. o. 1954).
- D'AGOSTINO, Fred (1988): *Chomsky's System of Ideas*, Oxford University Press, Oxford.
- DE MIGUEL, J., y MOYER, M. G. (1988): *La cárcel de las palabras: ensayo sobre el lenguaje y la desigualdad social*, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- DUCROT, Oswald (1968): *Le structuralisme en linguistique*, Seuil, París.
- EDELMAN, Murray (1967): *The Symbolic Uses of Politics*, University of Illinois Press, Urbana.
- FASOLD, Ralph (1984): *The Sociolinguistics of Society*, Blackwell, Oxford.
- FERRATER MORA, J. (1970): *Indagaciones sobre el lenguaje*, Alianza, Madrid.
- FISHMAN, Joshua (1979): *Sociología del lenguaje*, Cátedra, Madrid.
- FOWLER, R., et al. (1979): *Language and Control*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- GARCÍA CALVO, Agustín (1988): «Lenguaje», en R. REYES (ed.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Anthropos, Barcelona.
- GOFFMAN, Erving (1981): *Forms of Talk*, Blackwell, Oxford.
- GOULDNER, Alvin W. (1978): *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Alianza, Madrid.
- GRABER, D. A. (1976): *Verbal Behavior and Politics*, University of Illinois Press, Urbana.
- GRACE, G. W. (1987): *The Linguistic Construction of Reality*, Routledge, Londres.
- HABERMAS, Jürgen (1979): «What is Universal Pragmatics?», en *Communication and the Evolution of Society*, Heinemann, Londres (e. o. del art. 1976).
- (1981): *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona (e. o. 1962).
- HALLIDAY, M. A. K. (1982): *El lenguaje como semiótica social*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HARRIS, Roy (1988): *Language, Saussure and Wittgenstein*, Routledge, Londres.
- HIERRO S. PESCADOR, J. (1976): *La teoría de las ideas innatas en Chomsky*, Labor, Barcelona.
- HOROWITZ, I. H. (1983): «Language, Truth, and Politics», *The Washington Quarterly*, invierno.
- HUDSON, R. A. (1981): *La sociolingüística*, Anagrama, Barcelona.
- HYMES, Dell (1977): *Foundations of Sociolinguistics: An Ethnographic Approach*, Tavistock, Londres.
- (1979): «De-centering Linguistics. A Comment on Lemert», *Theory and Society*, 7.
- JAKOBSON, Roman (1981): *Ensayos de lingüística general*, Seix-Barral, Barcelona (e. o. 1974).
- JAPPE, Gemma (1973): *Sobre la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*, Granica, Buenos Aires.
- KRESS, G., y HODGE, R. (1979): *Language as Ideology*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- LABOV, William (1972): *Sociolinguistic Patterns*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.
- LASSWELL, H. D., LEITES, N., et al. (1968): *Language of Politics. Studies in Quantitative Semantics*, The MIT Press, Cambridge (e. o. 1949).
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1968): «El análisis estructural en lingüística y en antropología», en *Antropología estructural*, EUDEBA, Buenos Aires (art. publicado en 1945).
- LIPPMANN, Walter (1964): *La opinión pública*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires (e. o. 1922).
- MALINOWSKY, B. (1984): «El problema del significado en las lenguas primitivas», en OGDEN y RICHARDS, *El significado...* (e. o. 1923).
- MARCELLESI, J. B., y GARDIN, B. (1974): *Introduction à la sociolinguistique*, Larousse, París.
- MARTINET, André (ed.) (1976): *Tratado del lenguaje*, vol. 4: *El lenguaje y los grupos humanos*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- MILLS, C. Wright (1964): «El lenguaje, la lógica y la cultura» (e. o. 1939) y «Acciones situadas y vocabularios de motivos» (e. o. 1940), en *Poder, política, pueblo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- MOUNIN, Georges (1969): *Saussure*, Anagrama, Barcelona.

- NEWMAYER, Frederick (1986): *The Politics of Linguistic*, University of Chicago Press, Chicago.
- NEWMAYER, F. J. (ed.) (1988): *Linguistics: The Cambridge Survey*, vol. IV: *Language: The Socio-cultural Context*, Cambridge University Press, Cambridge.
- NINVOLES, R. L. (1975): *Estructura social y política lingüística*, Fernando Torres, Valencia.
- OGDEN, C. K., y RICHARDS, J. A. (1984): *El significado del significado*, Paidós, Barcelona (e. o. 1923).
- OTERO, Carlos P. (1984): *La revolución de Chomsky. Ciencia y sociedad*, Tecnos, Madrid.
- PARSONS, Talcott (1961): «Introduction» a «Culture and the Social System», en T. PARSONS et al. (eds.), *Theories of Society*, vol. II, The Free Press of Glencoe, Nueva York.
- PIATELLI-PALMARINI, M. (ed.) (1979): *Théories du langage, théories de l'apprentissage: le débat entre Jean Piaget et Noam Chomsky*, Seuil, París.
- PIERCE, J. R. (1962): *Símbolos, señales y ruidos*, Ed. Revista de Occidente, Madrid.
- PITKIN, Hanna F. (1972): *Wittgenstein and Justice*, University of California Press, Berkeley (hay trad. esp.).
- PIZARRO, Narciso (1979): *Metodología sociológica y teoría lingüística*, A. Corazón, Madrid.
- PRIDE, J. B., y HOLMES, J. (eds.) (1972): *Sociolinguistics*, Penguin, Harmondsworth.
- RAMIRO RICO, Nicolás (1980): *El animal ladino y otros estudios políticos*, Alianza, Madrid.
- SAPIR, Edward (1954): *El lenguaje*, Fondo de Cultura Económica, México (e. o. 1921).
- SAUSSURE, Ferdinand de (1978): *Cours de linguistique générale*, ed. crítica de Tullio de Mauro, Payot, París; reimp. de la de 1972 (trad. esp. de Mauro Armiño en Planeta-Agostini, Barcelona, 1985; reimp. de la de 1980). Edición original de 1916.
- STALIN, J. (1975): *Marxism and the National Question*, Suren Dutt, Calcuta (e. o. 1913). – (1981): *El marxismo y los problemas de la lingüística*, Ed. «8 Nentori», Tirana (entrevistas y cartas publicadas en 1950).
- TORTOSA, J. M. (1982): *Política lingüística y lenguas minoritarias*, Tecnos, Madrid.
- TRUDGILL, Peter (1974): *Sociolinguistics: An Introduction*, Penguin, Harmondsworth.
- URIBE, Oscar (1970): *Sociolingüística*, UNAM, México.
- WHORF, B. L. (1956): «The Relation of Habitual Thought and Behavior to Language», en *Language, Thought and Reality. Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*, The MIT Press, Cambridge (art. publicado en 1941).

